

CAPÍTULO 42

Allí, bajo el emparrado, había un grupo de cinco o seis chicas de unos quince años. Pasé de largo. Después me adelantaron unos muchachos escandalosos. Entre los árboles paseaba una pareja joven, conversando en voz baja pero sin tocarse. Y en un rincón alejado, en lo más profundo del jardín, cerca del muro, alrededor del tronco nudoso de un gran fresón, alguien había colocado un sitio donde sentarse: una especie de banco de tablas de madera sin patas donde estaba con las piernas cruzadas una niña pálida, con el cabello y las cejas negros, de cuello fino y hombros caídos, el pelo a lo *garçon* sobre la frente, que me pareció iluminada desde dentro con una luz de curiosidad y alegría. Llevaba una camisa color crema y encima un jumper azul oscuro, liso, largo y con dos tirantes anchos. En la solapa de la camisa destacaba un adorno, una especie de alfiler de marfil que me recordó el broche de la abuela Shlomit.

A primera vista aquella niña parecía más o menos de mi edad, pero por la ligera curva que se marcaba en su vestido y también por su mirada no del todo infantil, una mirada curiosa pero precavida que se encontró con la mía (un instante, como un pestañeo, y rápidamente mis ojos huyeron en otra dirección), podía ser dos o tres años mayor: de unos once o doce. Pese a todo, pude ver que tenía las cejas algo gruesas, unidas entre sí, algo que desmejoraba en cierto modo la delicadeza de sus rasgos. A los pies de aquella niña había otro niño pequeño, tal vez fuera su hermano, de unos tres años y con el pelo rizado, que estaba de rodillas en el suelo, muy aplicado y concentrado, gateando y recogiendo con esmero las hojas caídas y disponiéndolas en círculo.

Armándome de valor, y de un tirón, le ofrecí a la niña casi un cuarto del léxico en lenguas extranjeras que había cazado al vuelo: no exactamente como se acerca un león a los leones, sino más bien como los educados papagayos que estaban en las jaulas en el salón de su casa, le hice sin darme cuenta una ligera reverencia, ansioso de entablar una relación para acabar con los prejuicios y avanzar en la reconciliación entre nuestros dos pueblos:

–Sabaj al jeir, miss. Ana ismi Amos. Wainti, ya bint? Votre nom, s'il vous plait mademoiselle? Please your name kindly?

Me miró sin sonreír. Sus cejas juntas le daban una expresión seria impropia de su edad. Movi6 la cabeza varias veces de arriba abajo, como si sacara una conclusi6n, estuviera de acuerdo consigo misma, terminara as6 el an6lisis y firmara los resultados obtenidos. El vestido azul oscuro le llegaba por debajo de las rodillas, pero entre el vestido y los zapatos con lazos vi por un instante la piel de sus piernas, morena y lisa, femenina, ya adulta, entonces me ruboricé y mis ojos volvieron a huir hacia su hermano peque6o, que me devolvi6 una mirada tranquila, despojada de temor pero tambi6n de una sonrisa. Y de repente, con esa cara oscura y relajada, se pareci6 mucho a ella.

Todo lo que le hab6a o6do decir a mis padres, a mis vecinos, al t6o Yosef, a las maestras, a los t6os, todos los rumores volvieron a despertarse en m6 en aquel instante. Todo lo que dec6an mientras tomaban t6 en nuestro patio los s6bados y las tardes de verano, la creciente tensi6n entre 6rabes y jud6os, la desconfianza y la hostilidad, las frutas podridas de la provocaci6n brit6nica y de la instigaci6n de los fan6ticos del islam, que nos describ6an de una forma espantosa para encender en el 6nimo de los 6rabes un odio a muerte hacia nosotros. Nuestro deber, hab6a dicho una vez el se6or Rosendorf, es acabar con la desconfianza y explicarles que somos personas positivas e incluso agradables. En resumen, fue la sensaci6n de estar cumpliendo una misi6n lo que me infundi6 el valor de dirigirme a la ni6a desconocida e intentar entablar con ella una conversaci6n: pretend6a explicarle con unas cuantas pero convincentes palabras lo puras que eran nuestras intenciones y lo detestable que era el complot tramado para provocar una disputa entre las dos partes, y lo bueno que ser6a para toda la poblaci6n 6rabe –personificada en esa ni6a de delicados labios– acercarse un poco al muro que la separaba del respetuoso y amable pueblo jud6o –personificado en m6–, el desenvuelto embajador de ocho a6os y medio. Casi.

Pero no pensé de antemano qu6 har6a despu6s de haber utilizado ya en la primera frase lo mejor de mi l6xico en lenguas extranjeras. ¿C6mo le har6a comprender a esa ni6a desconocida, de una vez por todas, la legitimidad del retorno a S6on? ¿Con m6mica? ¿Con pasos de baile? ¿C6mo le pod6a transmitir sin palabras la conciencia de nuestro derecho a la tierra? ¿C6mo le traducir6a sin un idioma com6n «Oh, tierra m6a, patria m6a»? ¿Y «All6 se saciar6n de abundancia y felicidad/ hijo de Arabia, hijo de Nazaret, hijo m6o/ pues mi bandera, la bandera de la rectitud y la

honestidad/ purificará las riberas del Jordán»? En resumen, era como el necio que, sin saber cómo, aprende a mover dos casillas el peón que está delante del rey en el tablero de ajedrez, y lo hace con soltura y sin dudar, pero aparte de eso no tiene ni la más remota idea: no sabe cómo se llaman las piezas, ni cómo se mueven, ni por qué ni hacia dónde.

Estaba perdido.

Pero la niña me contestó, en hebreo, sin mirarme, las dos manos apoyadas en el banco a ambos lados del vestido, los ojos fijos en su hermano, que estaba poniendo una pequeña piedra justo en el centro de cada una de las hojas del círculo:

–Me llamo Aisha. Y este pequeño es mi hermano. Auad.

Y también dijo:

–¿Eres el hijo de los invitados de correos?

Le expliqué que no era el hijo de los invitados de correos sino el hijo de unos amigos suyos, que mi padre era un intelectual muy importante, un *ustaz*, que el tío de mi padre era un intelectual aún más importante, incluso de renombre internacional, y que su honorable padre en persona, el señor Silvani, me había invitado a salir un rato al jardín y entablar conversación con los niños de la casa.

Aisha me corrigió y dijo que el *ustaz* Nayib no era su padre, sino el tío de su madre: ella y su familia no vivían en Sheij Jarrah sino en el barrio de Talbia, llevaba tres años aprendiendo a tocar el piano con una profesora del barrio de Rehavia, y gracias a su profesora y sus compañeras de piano había aprendido a hablar un poco de hebreo. Le parecía muy bonito el hebreo, y también Rehavia era muy bonito. Cuidado. Tranquilo.

–También Talbia es tranquilo y cuidado –me apresuré a contestar, devolviéndole el cumplido–. ¿Le parece bien que hablemos un rato?

–Ya estamos hablando, ¿no? –una ligera sonrisa se dibujó por un segundo alrededor de sus labios. Se arregló con las dos manos el bajo del vestido y cambió el cruce de las piernas. Y por un instante asomaron sus rodillas, unas rodillas ya de

mujer, y enseguida se tiró del vestido. Su mirada se dirigió ahora a mi izquierda, al lugar desde donde nos observaba el muro del patio entre los árboles frutales.

Entonces adopté una expresión teatral y le expresé mi opinión de que en la tierra de Israel habría espacio suficiente para los dos pueblos si consiguiesen vivir en paz y con respeto mutuo. Por alguna razón, por desconcierto, por presunción, no hablaba con mi hebreo sino con el de mi padre y sus invitados: solemne. Rimbombante. Como un asno disfrazado con un vestido de noche y zapatos de tacón: convencido por algún motivo de que sólo así era digno de hablar a los árabes y a las chicas (lo cierto es que casi nunca había tenido la oportunidad de conversar con chicas ni con árabes, pero me imaginaba que en los dos casos se requería una delicadeza especial: había que hablar como de puntillas).

Estaba claro que sus conocimientos de lengua hebrea no eran muy amplios, o tal vez sus opiniones eran distintas a las mías. En lugar de contestar al reto que le había propuesto, parece que eligió cambiar de tema: su hermano mayor, dijo, estudiaba en Londres para ser *solicitor* y también *barrister*, que en hebreo era algo así como *abogado*, ¿no?

–Abogado –la corregí, y pregunté, aún hinchado de teatralidad–: ¿y qué piensas estudiar de mayor? ¿Es decir, qué materia? ¿Qué profesión?

Me miró un instante directamente a los ojos, y esa vez no me ruboricé sino que palidecí. Enseguida aparté la mirada y la dirigí rápidamente hacia abajo, hacia su pequeño y serio hermano Auad, que mientras tanto ya había hecho a los pies del tronco del fresón cuatro círculos de hojas perfectos.

–¿Y tú?

–Bueno, verás –digo aún de pie y frotándome las manos sudadas en los pantalones–, bueno, verás, yo...

–También tú serás *abogado*. Se nota por cómo hablas.

–¿Y qué la ha llevado a pensar eso?

–Y yo –dijo ella en vez de contestar a mi pregunta–, escribiré un libro.

–¿Tú? ¿Qué clase de libro escribirás?

–Poemas.

–¿Poemas?

–En francés y en inglés.

–¿Escribes poemas?

Ella también escribía poemas en árabe, pero no se los mostraba a nadie. El hebreo también era un idioma muy bonito.

–¿Alguien ha escrito poemas en hebreo?

Conmovido por la importancia de su pregunta, enojado, ofendido y con la sensación de tener que cumplir una misión, empecé a recitarle con gran arrebató fragmentos de poemas: Tchernijovsky. Levin Kipnis. Rahel. Zeev Jabotinsky. Y también un poema mío. Todo lo que me venía a la mente, con ímpetu, con gestos ampulosos, con voz estruendosa, con pasión, con muecas y a veces con los ojos cerrados. Hasta su hermano pequeño, Auad, levantó su cabeza rizada y me miró fijamente con ojos de cordero marrones, sorprendidos, llenos de curiosidad y un cierto temor, y de repente también él empezó a recitar en un hebreo impecable: ¡Dame un momento! ¡No tengo un momento! Mientras que Aisha, en vez de decir: bueno, basta, me preguntó de pronto si también sabía trepar a los árboles. ¿No?

Inquieto y quizás un poco enamorado de ella, aunque también temblando de satisfacción por mi representación nacionalista, ansioso por hacer realidad cualquiera de sus deseos, en un abrir y cerrar de ojos dejé de ser Zeev Jabotinsky y por ella me convertí en Tarzán: me deshice de las sandalias a las que el tío Stashek había sacado brillo por la mañana hasta dejarlas relucientes como diamantes negros, me olvidé de la ropa de fiesta planchada que llevaba, me colgué de un salto en una rama baja, me aferré con los pies descalzos al tronco nudoso y, sin dudarle un instante, me fui metiendo en el frondoso seno del fresón, de una ramificación a otra y así sucesivamente, hasta las ramas altas, me arañé y no me importó, me llené de rasguños y de manchas de fresón pero ignoré todas esas penurias, subí más alto que el muro y las copas de los árboles, hasta estar fuera de la sombra, hasta la cima del fresón, hasta que mi abdomen descansó en una rama oblicua, bastante blanda, que se

arqueaba debajo de mí, se movía como un muelle y hasta se curvaba un poco, y de repente toqué una cadena de hierro oxidada con una bola en el extremo, era una bola de hierro muy pesada, oxidada también, quién sabe qué demonios sería ese aparato y cómo habría llegado hasta lo más alto del fresón. El niño, Auad, me lanzó una mirada pensativa, escéptica, y volvió a ordenarme: ¡Dame un momento! ¡No tengo un momento!

Al parecer ésas eran las únicas palabras en hebreo que había cazado al vuelo. Y no las había olvidado.

Con una mano me agarré bien a mi rama sollozante y con la otra, mientras lanzaba gritos de guerra guturales, me balanceé en la cadena y giré rápidamente sobre la bola de hierro que estaba unida a ella, como agitando, para la joven que estaba debajo de mí, una rara primicia: durante sesenta generaciones, eso nos habían enseñado, se habían acostumbrado a vernos como un pueblo débil, un pueblo de jóvenes encorvados, polillas temblorosas que echan a volar atemorizadas ante cualquier sombra, *aulad al-maut*, hijos de la muerte, y ahora por fin salía a escena el judaísmo musculoso, la nueva juventud judía despuntaba con todo su vigor, y todo aquel que la veía temblaba ante su rugido: como se acerca un león a los leones.

Pero el valiente y terrible león de los árboles al que estaba interpretando con orgullo delante de Aisha y de su hermano, ese león oculto no podía ni imaginar de dónde le llegaría el mal: era un león ciego, sordo y tonto. Tenía ojos y no veía. Tenía oídos y no oía. Sólo se balanceaba en la cadena, montado en su rama, y hería el aire con las vueltas cada vez más amplias de la manzana de hierro voladora, como había visto en el cine, en las películas de esos valientes vaqueros que agitan el lazo y, mientras galopan, dibujan círculos en el aire.

No veía no oía no podía imaginar ese guardián de las praderas entusiasmado, ese león volador, aunque todo estaba ya previsto para la catástrofe, todo estaba preparado y dispuesto para que ocurriera la desgracia: el bloque de hierro oxidado en el extremo de la cadena oxidada se iba tensando a cada vuelta y amenazaba con dislocarle el hombro. Su arrogancia. Su estupidez. La intoxicación de la creciente heroicidad. La embriaguez del jactancioso nacionalismo. La rama sobre la que se tendió y sobre la que realizó su exhibición, aquella rama blanda gritaba ya de tanto peso. La niña delicada e inteligente de las cejas negras y juntas, la niña poeta le

miraba de abajo arriba y en su rostro se iba dibujando una especie de sonrisa indulgente, no una sonrisa de admiración ni de respeto por el nuevo hombre judío de Eretz Israel, sino una especie de expresión de guasa, una especie de sonrisa benévola y divertida, como diciendo, pero si eso no es nada, todos tus esfuerzos no son nada de nada, cosas así y mucho mejores las hemos visto ya, con eso no me vas a impresionar, si de verdad quieres impresionarme alguna vez, querido, deberás esforzarte cien veces más, mil veces más.

(Y desde las profundidades de algún pozo oscuro, en ese instante resonó de pronto, durante una décima de segundo, y en una décima de segundo se desvaneció, el reflejo del recuerdo de un bosque en una tienda de ropa de mujer, el reflejo de la ancestral selva frondosa en cuyas profundas tinieblas persiguió una vez a una niña pequeña y, cuando por fin consiguió alcanzarla a los pies de los oscuros árboles perennes, apareció ante sus ojos el horror.)

Y también su hermano estaba allí, a los pies del tronco del fresón, ya había terminado de hacer sus perfectos y misteriosos círculos de hojas, y con el pelo rizado, serio, preocupado y dulce, iba saltando con sus pantalones cortos y sus zapatos rojos tras una mariposa blanca, y de pronto desde arriba, desde lo alto del fresón, le llamaban con gritos aterrados por su nombre: Auad, Auad, escapa, y tal vez sólo le dio tiempo a alzar sus ojos redondos hacia la copa y tal vez también le dio tiempo a ver la manzana de hierro oxidada que, como una saeta, se había desprendido de golpe del extremo de la cadena y volaba hacia él como una bomba, directamente hacia él, iba oscureciéndose, agrandándose y precipitándose directamente hacia los ojos del pequeño, y al instante le hubiera abierto la cabeza si no hubiese errado sólo por dos o tres centímetros, pasó justo delante de la nariz del niño y cayó con un gran impulso e hirió y aplastó el pequeño pie metido en el diminuto zapato rojo, el zapato de muñeca que de inmediato se empapó de sangre, y empezaron a brotar burbujas de sangre por los cordones y a borbotar por las costuras de las suelas y por la lengüeta. Entonces, por encima de las copas de los árboles del jardín, se elevó un grito de dolor fino y penetrante, largo, desgarrador, y después todo tu cuerpo fue asaltado por temblores de agujas de hielo y de golpe todo se quedó en silencio a tu alrededor, como si te hubiesen encerrado dentro de un iceberg.

No recuerdo la cara del niño desmayado a quien su hermana tomó en brazos, no recuerdo si también ella gritó, si pidió ayuda, si me habló, y no recuerdo cuándo ni cómo bajé del árbol o no bajé sino que caí junto con la rama que se desplomó debajo de mí, no recuerdo quién me curó el rasguño de la barbilla de donde un denso río de sangre manaba hacia mi camisa de fiesta (aún tengo una marca en la barbilla), y casi no recuerdo nada de lo que pasó entre el grito del niño herido y las sábanas blancas al anochecer todavía temblando de arriba abajo y acurrucado en posición fetal, con varios puntos en la barbilla, en la cama de matrimonio del tío Stashek y la tía Mala.

Pero aún recuerdo, como dos brasas penetrantes, los ojos de ella bajo el marco enlutado de sus cejas negras unidas entre sí: desprecio, desilusión, espanto y odio abrasador me lanzó su mirada, y por debajo del desprecio y el odio en sus ojos había también una especie de apenado movimiento de cabeza, como asintiendo y diciéndose a sí misma: desde el primer instante debería haberlo sabido, antes aún de que abrieras la boca debería haberlo percibido, debería haber tenido cuidado contigo, pues de lejos se te huele. Desprendes como un tufo pestilente.

Y recuerdo vagamente a alguien, a un hombre peludo, bajo, con un bigote espeso y un reloj de oro con una cadena muy gruesa, puede que fuera uno de los invitados o uno de los hijos del anfitrión, que me sacó de allí con rudeza, arrastrándome de la camisa desgarrada, casi a la carrera. Y de camino, a lo lejos, junto al pozo que estaba en el centro del patio enlosado, vi cómo un hombre enloquecido estaba pegando a Aisha. No le daba puñetazos ni bofetadas, le daba con la mano abierta golpes fuertes, decididos, la golpeaba con crueldad, despacio, a conciencia, en la cabeza, la espalda, los hombros y la cara, no como se castiga a un niño, sino como se descarga un furor salvaje sobre un caballo. O sobre un camello rebelde.

Por supuesto mis padres, y también Stashek y Mala, tenían intención de llamar para interesarse por el estado del pequeño Auad y conocer el alcance de su herida. Por supuesto tenían intención de encontrar la forma de expresar su pesar y su vergüenza. Tal vez habían sopesado la posibilidad de ofrecer una compensación apropiada. Tal vez era importante para ellos que nuestros anfitriones comprobaran con sus propios ojos que tampoco nuestra parte había salido indemne, y que la

herida de la barbilla había necesitado dos o tres puntos. Es posible que mis padres, de acuerdo con los Rodnitzky, planificaran otra visita, una visita de reconciliación a la villa del *ustaz* Al Silvani, y en esa ocasión le llevarían presentes y obsequios al pequeño herido, mientras que yo, humillado y recarcomido por los remordimientos, debería postrarme en el umbral o cubrirme de saco y ceniza para mostrar a la familia Al Silvani en particular, y a todo el pueblo árabe en general, hasta qué punto lo sentíamos y estábamos avergonzados, pero también que éramos demasiado nobles como para buscar excusas y circunstancias atenuantes, y también lo suficientemente honestos como para cargar sobre nuestras espaldas con todo el peso de la vergüenza, el remordimiento y la culpa.

Pero mientras deliberaban y discutían unos con otros sobre el momento y la forma, quizás encargándole al tío Stashek que le pidiera a su superior, el señor Nokes-Gilford, que tanteara de manera informal a la familia Al Silvani y comprobara por nosotros su disposición de ánimo, hasta qué punto aún estaba encendida la rabia, cómo mitigarla, de qué servirían las disculpas, con qué espíritu sería recibido nuestro deseo de resarcir el daño causado, mientras seguían sopesando y haciendo planes, llegaron las fiestas. Y antes de las fiestas, a finales de agosto de 1947, la comisión de investigación nombrada por la ONU puso sobre la mesa de la Asamblea General sus recomendaciones⁹³.

Y en Jerusalem, aunque aún no había ningún brote de violencia, pareció que de repente se había tensado algún músculo oculto. Ya no era razonable que fuéramos a aquellos barrios.

⁹³ La ONU nombró un Comité Especial para Palestina, la UNSCOP, con la misión de resolver la disputa entre judíos y árabes de Palestina, compuesto por representantes de once países. Para garantizar la neutralidad de este comité, se decidió que ninguna de las grandes potencias estuviera representada. Después de varios meses de auditorías y encuestas sobre la situación en Palestina, la UNSCOP emitió un informe oficial, el 31 de agosto de 1947. La mayoría de los países de la comisión (Canadá, Checoslovaquia, Guatemala, Holanda, Perú, Suecia y Uruguay) recomendó la creación de dos estados separados, uno árabe y otro judío, con Jerusalem bajo administración internacional. Australia se abstuvo, y el resto de los países de la comisión (India, Irán y Yugoslavia) apoyó la creación de un único estado que incluyera ambos pueblos. El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea Plenaria de la ONU votó el plan de partición recomendado por la UNSCOP, siendo el resultado final de 33 votos a favor (incluidos 5 estados comunistas, la U.R.S.S. y E.E. U.U), 13 en contra (los 10 países islámicos votaron unánimemente en contra; Cuba también) y 10 abstenciones (entre ellas, Argentina), a la vez que hizo ajustes en los límites propuestos entre los dos estados. La partición tendría efecto a partir de la retirada de los británicos. La resolución no contemplaba ninguna disposición para ejecutar el Plan, lo cual tuvo consecuencias a la larga, ya que no fue posible aplicarla.

Mi padre, por tanto, se armó de valor y telefoneó a las oficinas de la firma Silvani e Hijos S. L., que tenía su sede al final de la calle Princess Mary, se presentó en inglés y también en francés y pidió, en inglés y en francés, hablar con el señor Al Silvani padre. Un joven y desenvuelto secretario le contestó con fría amabilidad y le pidió a mi padre, en inglés y también en francés, que hiciera el favor de esperar un momento, después le indicó que él, el secretario, estaba autorizado a recibir y anotar mensajes para el señor Silvani. Mi padre, por tanto, le dictó al joven secretario, en francés y también en inglés, un breve mensaje donde expresaba nuestros sentimientos, nuestras disculpas, nuestra preocupación por el estado del querido niño, nuestra disposición para cargar con los gastos sanitarios que fuesen necesarios, así como nuestro deseo de concertar pronto una cita para intentar reparar el daño causado (el inglés y el francés en boca de mi padre tenían una evidente entonación rusa. La palabra *the* sonaba como *dzee* y *locomotive* se transformaba siempre en su boca en *locomotzif*).

No recibimos respuesta de la familia Silvani, ni directamente ni por medio del señor Nokes-Gilford, el jefe de Stashek Rodnitzky. ¿Intentó mi padre conocer por otros medios el alcance de la herida de Auad? ¿Cómo se encontraba el pequeño dame-un-momento-notengo-un-momento? ¿Qué contó de mí Aisha y qué no? Si mi padre se enteró de algo, a mí no me dijo ni una palabra. Hasta el día en que murió mi madre e incluso después, hasta el día en que murió él, mi padre y yo no hablamos de aquel sábado. Ni siquiera aludimos a él. Y tampoco al cabo de muchos años, unos cinco años después de la guerra de los Seis Días, en la ceremonia en memoria de Mala Rodnitzky, cuando el pobre Stashek se pasó la mitad de la noche hablando en su silla de ruedas y evocando todo tipo de recuerdos, unos buenos y otros terribles, pero no aquel sábado en la villa Silvani.

Y un día de verano del año 67, después de la conquista de la zona oriental de la ciudad, un sábado por la mañana muy temprano, fui allí yo solo por el camino que hicimos los tres aquel sábado. Unas puertas de hierro nuevas habían sido colocadas en los muros de la casa, y delante estaba estacionado un coche alemán negro y brillante, su interior estaba oculto por unas cortinitas de tela gris. Sobre el muro que rodeaba el patio había trozos de cristal que no recordaba. Por encima despuntaban las verdes copas de los árboles del jardín. La bandera de un consulado importante ondeaba sobre el tejado y junto a las nuevas puertas de hierro había una placa de cobre donde aparecía, en letras latinas y árabes, el nombre y el emblema del país al

que representaba. Un vigilante vestido de paisano me lanzó una mirada interrogativa, y yo me disculpé y seguí caminando en dirección a Har Hatzofim.

La herida de mi barbilla cicatrizó en unos días. La doctora Holander, la pediatra del ambulatorio de la calle Amós, me quitó con delicadeza los puntos que me habían dado aquel sábado en la guardia.

Y, desde el día en que me quitaron los puntos, cayó una pesada cortina sobre aquel incidente. También la tía Mala y el tío Stashek parecían estar implicados en ese pacto de silencio. Ni una palabra. Ni sobre el barrio de Sheij Jarrah, ni sobre niños árabes, ni cadenas de hierro, ni jardines y fresones, ni cicatrices en la barbilla. Tabú. Nada. No había existido. Sólo mi madre, a su modo, desafió los muros de la censura: una vez, en nuestro sitio, junto a la mesa de la cocina, y a nuestra hora, cuando mi padre no estaba en casa, me contó un cuento hindú:

Había una vez, hace muchos años, dos monjes que se impusieron todo tipo de privaciones y mortificaciones. Entre otras cosas, se obligaron a cruzar a pie toda la India, de punta a punta. Y se comprometieron también a un silencio total, a no pronunciar ni una sola palabra, ni siquiera en sueños, durante los años que durase ese camino. Ni un sonido. Pero una vez, al cruzar un río, oyeron a una mujer, que se estaba ahogando, pedir auxilio. Sin decir nada, el más joven de los dos se arrojó al agua, se cargó a la mujer a la espalda, la sacó, la dejó en la arena sin decir una palabra y los dos ascetas continuaron su camino en completo silencio. Al cabo de seis meses o un año, de repente el joven le preguntó a su compañero: Dime una cosa, ¿crees que pequé por haber cargado a aquella mujer a la espalda? Y su compañero le contestó con una pregunta: ¿Es que aún la llevas a tus espaldas?

Mi padre, por su parte, volvió a sus investigaciones. Por aquellos días estaba inmerso en las literaturas del antiguo Oriente, acadia y sumeria, babilónica y asiria, los antiguos hallazgos arqueológicos de Tel El Amarna y Hatushash, la legendaria biblioteca del rey Asurbanipal, a quien los griegos llamaban Sardanápalo, la epopeya de Gilgamesh y el breve mito de Adapa. Montones de libros y diccionarios se acumulaban sobre su mesa, rodeados de un ejército de notas y fichas. Volvía a intentar divertirnos a mi madre y a mí con una de sus bromas habituales: Si robas tu

sabiduría de un libro, no eres más que un ladrón literario. Un plagiador. Pero si robas a manos llenas de cinco libros, ya no eres un ladrón sino un investigador, y si robas de cincuenta libros llegas a adquirir el rango de gran investigador.

Cada día se iba contrayendo algún músculo oculto bajo la piel de Jerusalem. Rumores incontrolados, algunos de los cuales helaban la sangre, se propagaban por nuestros barrios. Se decía que el gobierno de Londres se disponía a sacar durante dos o tres semanas a su ejército y a todos sus funcionarios para permitir a los ejércitos regulares de los países de la Liga Árabe, que no era más que un brazo británico cubierto con kefia, derrotar a los judíos, conquistar el país y abrir a los británicos un camino de vuelta por una puerta trasera cuando los judíos desaparecieran. Jerusalem, eso opinaban algunos estrategas en la tienda del señor Auster, sería pronto la capital del rey Abdallah de Transjordania, y a nosotros, los habitantes judíos, nos llevarían en barcos a campos de refugiados de Chipre.⁹⁴ O tal vez nos dispersarían por los campos de deportados de las islas Mauricio o las Seychelles, en medio del océano Índico.

Otros no dudaban en lanzar invectivas contra sus oyentes diciendo que los grupos judíos de la resistencia, el Etzel y el Leji y también la Haganá, con sus acciones sangrientas contra el poder inglés, y sobre todo con aquella bomba dirigida al corazón del gobierno británico, en el hotel Rey David, nos causaban un gran perjuicio: ningún imperio de la historia había dejado pasar por alto unas provocaciones tan humillantes como éstas, y los británicos ya habían decidido castigarnos con un atroz baño de sangre. El pueblo británico sentía tal rechazo por las precipitadas insensateces de nuestros líderes sionistas fanáticos que Londres sencillamente había decidido dejar que los árabes se alzasen y nos exterminasen a todos: hasta ahora las fuerzas británicas se habían interpuesto entre nosotros y una masacre generalizada a manos de todos los pueblos árabes, de ahora en adelante se apartarían y seríamos responsables de nuestra propia muerte.

Algunos en el barrio decían que todas las personas de alta alcurnia y con contactos, los ricos de Rehavia, los empresarios y los proveedores bien relacionados con el poder británico, los judíos con altos cargos en el gobierno del Mandato, ya habían sido advertidos de que era mejor abandonar cuanto antes la zona, o al menos poner a salvo a sus familiares. Se hablaba de tal o cual familia que se había trasladado a Estados Unidos y de tal o cual hombre de negocios, y también de estos y aquellos, y

⁹⁴ La crisis de los refugiados judíos. Ver: <https://www.ushmm.org/wlc/es/article.php?ModuleId=10007421>

precisamente los más arrogantes, que habían abandonado una noche Jerusalem y se habían establecido con sus familiares en Tel Aviv. Por supuesto ellos sabían cosas que nosotros aún ni siquiera imaginábamos. O imaginábamos sólo en nuestras peores pesadillas.

Y algunos decían que había grupos de árabes jóvenes que peinaban por las noches nuestros barrios y que, con brochas y latas de pintura en las manos, se repartían las casas judías y las marcaban. Contaban que bandas árabes armadas, partidarias del muftí de Jerusalem, dominaban ya de hecho las montañas que rodeaban la ciudad y que los británicos hacían la vista gorda; que las fuerzas de la Liga Árabe de Transjordania, al mando del coronel británico sir John Glub, Glub Pasha, ya se habían desplegado por distintos puntos estratégicos para derrotar a los judíos aun antes de que pudiesen reaccionar. Y enfrente del kibutz Ramat Rahel, los Hermanos Musulmanes, a quienes los británicos habían dejado entrar con armas desde Egipto y fortificarse en las montañas de Jerusalem, estaban cavando trincheras. Algunos se sentían esperanzados porque en la salida de los británicos intervendría, a pesar de todo, el presidente Truman: enviaría rápidamente a su ejército, pues dos gigantescos portaaviones americanos estaban ya en aguas de Sicilia mirando hacia oriente, el presidente Truman no permitiría de ninguna manera un segundo holocausto del pueblo judío menos de tres años después del holocausto de los seis millones: sin duda los judíos americanos ricos e influyentes lo presionarían. No podrían oponerse.

Algunos creían que la conciencia del mundo civilizado, o la opinión pública progresista, o la clase obrera internacional, o el sentimiento de culpa generalizado por el amargo destino de los supervivientes judíos, todos juntos se alzarían y frustrarían «el complot angloárabe para exterminarnos». Al menos así se tranquilizaban algunos de nuestros vecinos y conocidos con la llegada de los primeros indicios de un otoño extraño y amenazador. Al menos uno podía consolarse pensando que, aunque los árabes no nos quisieran aquí, los pueblos europeos, por su parte, no tendrían el más mínimo deseo de vernos retornar y poblar de nuevo Europa. Y, como el poder de los pueblos europeos era mucho mayor que el de los árabes, había alguna posibilidad de que, pese a todo, nos quedásemos aquí. Los árabes se verían obligados a tragar lo que Europa quería vomitar.

De cualquier forma, casi todos presagiaban una guerra. En las emisoras de la resistencia, en onda corta, se oían canciones exaltadas: «En las montañas, en las

montañas despunta nuestra luz/ subiremos a la montaña/ el ayer ha quedado atrás/ pero es largo el camino hacia el mañana...», y también: «No se conquista la cima de la montaña/ sin una tumba en la ladera», «Desde Metulah hasta el Néguev/ desde el mar hasta el desierto/ cada chico a las armas/ cada chica de guardia», «La paz de la azada lograron tus jóvenes/ hoy lograrán la paz con los fusiles». Así como: «Desde las pendientes del Líbano hasta el mar Muerto». Cereales y aceite, velas, azúcar, leche en polvo y harina desaparecieron prácticamente de las repisas de la tienda del señor Auster: la gente empezó a almacenar alimentos de primera necesidad en previsión de lo que pudiera pasar. También mi madre compró y acumuló en el fondo del armario de la cocina algunos paquetes de harina y de harina sin levadura, paquetes de pan tostado, latas de avena *quaker* y también aceite, conservas, aceitunas y azúcar. Mi padre compró dos latas precintadas llenas de kerosene y las puso debajo del lavatorio.

Mi padre aún salía a diario, como de costumbre, a las siete y media de la mañana, y se iba a trabajar a la Biblioteca Nacional de Har Hatzofim en el autobús número 9, que salía de la calle Gueulá, pasaba por Meah Shearim y cruzaba el barrio de Sheij Jarrah cerca de la villa Silvani. Un poco antes de las cinco de la tarde volvía de trabajar con fascículos y libros en su ajada cartera, y más libros y fascículos debajo del brazo. Pero mi madre le pedía varias veces que, cuando subiera al autobús, no se sentara al lado de la ventanilla. Y añadía algunas palabras en ruso. Nuestros viajes habituales de los sábados a casa del tío Yosef y de la tía Tzipora se aplazaron de momento.

Tenía apenas nueve años y ya era un fanático lector de periódicos. Un consumidor de noticias. Un apasionado comentarista y polemista. Un experto militar y político cuya opinión era tenida muy en cuenta por los hijos de los vecinos. Un estratega de fósforos, botones y fichas de dominó sobre la alfombra. Conducía tropas, realizaba tácticas militares, establecía alianzas con una u otra potencia, reunía ingeniosas argumentaciones con las cuales ponía de nuestra parte incluso al corazón británico más gélido, pronunciaba discursos con los que no sólo conseguía que los árabes comprendieran y se apaciguasen, sino también que nos pidiesen disculpas, discursos capaces de provocar lágrimas de compasión en los ojos de los árabes, impresionados por nuestra nobleza y magnanimidad.

Por aquellos días mantenía arrogantes pero pragmáticas conversaciones con Downing Street, con la Casa Blanca, con el Papa de Roma, con Stalin y con los reyes árabes. «¡Estado judío! ¡Inmigración libre!», clamaban los pioneros organizados en los desfiles y en las reuniones a las que una o dos veces mi madre consintió que mi padre me llevase. Mientras, la multitud árabe gritaba cada viernes, a la salida de las mezquitas, en sus desfiles llenos de aversión: «*Idbaj al yahud!*» O: «*Falestin arduna wal yahud – kilabuna!*» (es decir: ¡Palestina es nuestra tierra y los judíos – nuestros perros!). Podría haberles convencido fácilmente si hubiera tenido la posibilidad, y podría haberles demostrado con una sencilla lógica que, mientras nuestros eslóganes y demandas no contenían nada que los pudiera herir, los eslóganes que gritaba la muchedumbre árabe instigada eran muy feos e indecentes, e iluminaban a los que gritaban con una luz bastante vergonzosa. Por aquellos días ya no era un niño sino un virtuoso montón de argumentaciones. Un pequeño chovinista en la piel de un pacifista. Un nacionalista hipócrita y lisonjero. Un propagandista sionista de nueve años: nosotros éramos los buenos y los que teníamos razón, nosotros éramos las víctimas inocentes, nosotros éramos David contra Goliat, nosotros éramos el cordero en medio de una jauría de lobos, nosotros éramos el cordero para el sacrificio, la cabra de la Hagadá de Pésaj, la gacela de Israel, y ellos, todos ellos, ingleses, árabes y los demás pueblos, eran la jauría de lobos, el mundo malvado, hipócrita y siempre sediento de nuestra sangre: para ellos la vergüenza y la ignominia. (En el libro *Una pantera en el sótano*, así como en los relatos de *En la colina del Mal Consejo*, escribí sobre aquella época, y también sobre un niño algo parecido a mí. Sobre todo en el relato «Nostalgia».)

Cuando el gobierno británico anunció su intención de dejar la administración de Eretz Israel y devolver el Mandato a la Organización de las Naciones Unidas, la ONU nombró una comisión especial (UNSCOP) que debía investigar la situación en Palestina y la situación de los cientos de miles de judíos deportados que llevaban dos años o más en campos de refugiados europeos, los supervivientes del exterminio nazi.

A finales de agosto de 1947 la comisión publicó sus conclusiones: la mayoría de sus miembros proponía que el Mandato Británico en Eretz Israel concluyera lo antes posible. En su lugar la tierra sería dividida en dos estados independientes: un estado para los árabes y un estado para los judíos. El territorio asignado para cada

estado tenía casi el mismo tamaño. La intrincada y tortuosa frontera fue trazada en función de la demografía de las dos poblaciones. Los dos estados estarían unidos por una economía común, una moneda común, etcétera etcétera. Jerusalem, eso propuso la comisión, sería una entidad separada, neutral, bajo administración internacional dirigida por un gobernador nombrado por la ONU.

Esas propuestas se dejaron sobre la mesa de la Asamblea General a la espera de su aprobación, que necesitaba una mayoría de dos tercios. Los judíos aceptaron ese modelo de partición, aunque a regañadientes: el estado que les habían asignado no incluía ni la Jerusalem judía ni la Alta Galilea y la Galilea occidental. El setenta y cinco por ciento del territorio asignado a los judíos era tierra desértica. Mientras que el mando árabe-palestino, así como todos los países de la Liga Árabe, anunciaron al instante que no aceptarían ninguna clase de acuerdo y que pensaban «impedir por la fuerza la materialización de esas propuestas, y bañar en sangre cualquier entidad sionista que intentara erigirse, aunque fuese sobre un sólo puñado de tierra de Palestina»: para los árabes todo era tierra árabe desde hacía cientos de años, hasta que llegaron los británicos y alentaron a una multitud de extranjeros a dispersarse por todo el país, a allanar colinas, a arrancar olivares ancestrales, a comprar la tierra con sus estratagemas, parcela tras parcela, a los corruptos dueños de los terrenos, y echar a los campesinos que llevaban trabajándola durante generaciones. Si no se les detenía, esos colonialistas judíos raudos y astutos devorarían toda la tierra, borrarían cualquier vestigio de su arabidad, la cubrirían con sus colonias europeas de tejados rojos, la inundarían de costumbres arrogantes y disolutas, y enseguida se adueñarían de los lugares santos del islam y se dirigirían hacia los países árabes vecinos. Y en poco tiempo, con la astucia de sus sofisticadas maquinaciones, con la fuerza de su desarrollada superioridad y con la ayuda del imperialismo británico, harían exactamente lo mismo que hicieron los blancos en América, en Australia y en otros lugares con la población indígena. Si se les permitía fundar aquí un estado, aunque fuera un estado diminuto, sin duda lo usarían como cabeza de puente, millones de ellos llegarían hasta aquí como una plaga de langostas, cubrirían las montañas y los valles, borrarían cualquier sombra de arabidad de los paisajes ancestrales y lo devorarían todo antes incluso de que los árabes pudieran reaccionar.

A mediados del mes de octubre, el Alto Comisionado británico, el general sir Alan Cunningham, le lanzó una sutil amenaza a David Ben Gurión, que entonces era el director de la Agencia Judía: «Cuando ocurra la tragedia», dijo con tristeza el

gobernador en nombre del gobierno británico, «me temo que no podremos protegerlos ni ayudarlos»⁹⁵.

Mi padre dijo:

–Herzl era un profeta y sabía lo que profetizaba. En la época del primer congreso sionista de Basilea, Herzl dijo que cinco años más tarde, o como mucho cincuenta años más tarde, se fundaría el Estado de los judíos en Eretz Israel. Han pasado exactamente cincuenta años y el Estado ya está a las puertas.

Mi madre dijo:

–No está. No hay ninguna puerta. Sólo hay un precipicio.

Mi padre le echó entonces una reprimenda que sonó como un latigazo, pero en ruso o en polaco. Para que yo no lo entendiera.

Y yo, con una alegría que en vano intentaba ocultarles:

–¡Pronto habrá guerra en Jerusalem! ¡Y los venceremos a todos!

Pero a veces, solo en un rincón del patio al atardecer o el sábado muy temprano mientras mis padres dormían y todo el barrio dormía, una punzada de miedo me dejaba helado, pues la imagen de Aisha con el niño inerte y desmayado en sus brazos me parecía de repente un cuadro cristiano aterrador que mi padre me había mostrado y explicado una vez en voz baja cuando visitamos una iglesia.

Recordaba los olivos que se veían desde las ventanas de aquella casa, unos olivos que hacía muchísimo tiempo habían dejado el mundo vegetal para unirse al reino mineral.

Dame un momento no tengo un momento dame no tengo damenotengo damenotengo.

⁹⁵ N. del A.: Dou Yosef, *Una ciudad fiel*, Schocken, Jerusalem y Tel Aviv 1960, pág. 32.

En noviembre empezó a formarse una especie de telón entre una Jerusalem y otra. Aún seguían circulando autobuses de unos lugares a otros, aún se veían, a veces, en nuestras calles, vendedores de fruta de los pueblos árabes cercanos, con bandejas de higos, almendras, higos chumbos, pero los judíos comenzaban a irse de los barrios árabes hacia la parte occidental de la ciudad, y también algunos habitantes árabes de la zona occidental la abandonaban y se trasladaban al sur o al este.

Sólo con la imaginación podía seguir yendo al nordeste de la calle Saint George para contemplar con los ojos como platos la otra Jerusalem: una ciudad de viejos cipreses de color negro y no verde, barrios de muros de piedra y ventanucos enrejados y cornisas y paredes oscuras, la Jerusalem extranjera, muda, respetable y velada, la ciudad etíope, musulmana, peregrina, otomana, la ciudad misionera, una ciudad extraña, extranjera, una ciudad cruzada, templaria, griega, armenia, italiana, llena de estratagemas, anglicana, pravoslava, una ciudad monástica, copta, católica, luterana, escocesa, sunní, chií, sufí, alauí, repleta de sonidos de campanas y lamentos de muecines, saturada de pinos, atemorizante y atrayente con su nebulosa fascinación, con el entramado de laberintos de callejuelas oscuras prohibidas y hostiles para nosotros, una ciudad guardiana de secretos, maléfica, grávida de desgracias, una ciudad donde sombras oscuras flotan por las calles a la sombra de las murallas de piedra, peregrinos-sacerdotes cubiertos con túnicas negras y capuchas negras, y mujeres con mantos negros y velos negros.

Todos los miembros de la familia Al Silvani, lo supe tras la guerra de los Seis Días, hicieron acopio de su fortuna y en los años cincuenta o a comienzos de los sesenta se fueron de la Jerusalem jordana. Algunos emigraron a Suiza o a Canadá, otros se instalaron en los emiratos del Golfo, otros se fueron a Londres y otros a Sudamérica.

¿Y sus papagayos? «*Who will be my destiny? Who will be my prince?*»

¿Y Aisha? ¿Y su hermano cojo? ¿En qué parte del mundo sonará ahora su piano?, si es que aún tiene piano, si no está envejecida y deslucida entre las barracas expuestas al polvo y a la canícula en uno de los campos de refugiados donde las alcantarillas fluyen por las callejuelas de tierra.

¿Y qué judíos afortunados vivirán ahora en la casa que fue de la familia de Aisha, en el barrio de Talbia construido todo de piedra azul y piedra rosa y piedra arqueada?

No fue por culpa de la guerra que se avecinaba sino por otra razón, incierta, por lo que de pronto, en aquel otoño del año 1947, me asusté y acurruqué dentro de mí, sentía una emoción angustiosa mezclada con vergüenza, con la certidumbre de un castigo inminente y con un dolor indefinido: una especie de nostalgia ilícita, una nostalgia llena de culpa y mortificación, por los laberintos de aquel jardín. Por el pozo cubierto con una plancha metálica verde y por el estanque de cinco puntas con sus azulejos y sus peces de colores que brillaban con la luz del sol y volvían a ser engullidos por el bosque de nenúfares. Por los almohadones mullidos con sus delicadas puntillas onduladas. Por las alfombras llenas de bordados, en una de las cuales se entretejían los pavos reales con el follaje del paraíso. Por las hojas de trébol de las vidrieras de las ventanas, cada hoja con su luz, una roja, otra verde, otra dorada y otra violeta.

Y también por el papagayo con voz de fumador empedernido: *Mais oui, mais oui, chère mademoiselle*, y por su compañera la soprano, que le respondía con una voz como de una campana de plata: *Tafaddal. S'il vous plaît. Enjoy.*

Es verdad que estuve allí una vez, en aquel jardín, antes de que me expulsaran ignominiosamente, es verdad que con la yema de mis dedos toqué...

Bas. Bas, ya ayni. Bas min fadlak. Uskut.

Me despertaba por la mañana temprano al olor de las primeras luces y por las ranuras de la contraventana de hierro veía las ramas del granado al fondo del patio. Allí, oculto en el granado, estaba todas las mañanas un pájaro invisible que repetía varias veces, con exactitud y con radiante felicidad, las cinco primeras notas de *Para Elisa*.

Torpe estúpido, pequeño y escandaloso estúpido:

En vez de acercarte a ella como se acerca el nuevo hombre judío al noble pueblo árabe, en vez de acercarte como un león a los leones, podías haberte acercado simplemente como un chico a una chica, ¿no?

CAPÍTULO 43

–Mira, el pequeño estratega ha vuelto a conquistar la casa entera: por el pasillo ya no se puede pasar, está todo lleno de fortalezas y torres de cubos, puestos militares de dominó, minas de tapones de botellas y fronteras de palillos chinos. En su habitación, sobre la alfombra, hay campos de batalla de botones de pared a pared. Tenemos prohibido entrar allí, está fuera de los límites. Es una orden. Y hasta en nuestra habitación ha desparramado, por todo el suelo, tenedores y cuchillos que, con seguridad, simbolizan una línea Maginot, flotas o armadas acorazadas. Pronto tendremos que irnos de nuestra casa y vivir en el patio. O en medio de la calle. Pero en el mismo instante en que ha llegado el periódico, tu hijo lo ha dejado todo, al parecer ha declarado un alto el fuego general, se ha tumbado en el sofá y se ha lanzado sobre el periódico. Lo ha leído todo, puede que hasta los avisos. Ahora está tendiendo un largo hilo desde su cuartel general, que está detrás del armario, por toda la casa, hasta Tel Aviv, que al parecer está en el borde de la bañera. Y, si no me equivoco, dentro de un momento empezará a hablar a través de ese hilo con Ben Gurión. Como ayer. Para explicarle a Ben Gurión lo que hay que hacer en este punto y de qué debemos tener cuidado. Puede que hasta haya empezado a darle órdenes a Ben Gurión.

En uno de los cajones de abajo, en mi estudio de Arad, encontré ayer por la tarde una carpeta vieja con las notas que hice para escribir los relatos de *La colina del Mal Consejo* hace más de veinticinco años. Entre otras cosas hay unas cuantas anotaciones amontonadas de lo que copié en la biblioteca de Tel Aviv en 1974 o 1975 de los periódicos de septiembre del 47. Y así, en Arad, una mañana de verano del año 2001, como una imagen que se refleja en un espejo que a su vez se refleja en otro espejo, esas notas de hace veintisiete años me recuerdan lo que el «pequeño estratega» leyó en el periódico del día 9 de septiembre de 1947:

La policía de tráfico judía ha empezado a operar en Tel Aviv con la aprobación del gobernador inglés y cuenta con ocho agentes que trabajarán en dos turnos. Una niña árabe de trece años será juzgada por un tribunal militar por llevar un fusil en Juarah, del distrito de Nablus. Los emigrantes clandestinos del *Éxodo* han

sido llevados a la fuerza a Hamburgo y han declarado que se negarán a desembarcar mientras les queden fuerzas. Catorce miembros de la Gestapo han sido condenados a muerte en Lübeck. El señor Shlomo Hamlenik, de Rehovot, fue secuestrado y golpeado duramente por las organizaciones de disidentes, pero ha vuelto a casa sano y salvo. La orquesta La Voz de Jerusalem tocará bajo la dirección de Hanan Schlesinger. El ayuno de Mahatma Gandhi dura ya dos días. La cantante Edis de Philippe no podrá cantar esta semana en Jerusalem y también el teatro Cameri ha tenido que aplazar la representación de *No te lo llevarás*. Por otra parte, anteayer se inauguró, en Jerusalem, el edificio de columnas de la calle Yafo, donde, entre otras cosas, están las tiendas de Mikolinski y de Freimann, así como el centro de pedicuría Doctor Scholl. Según el líder árabe Musa Alami, los árabes jamás consentirán que se divida la tierra, pues ya sentenció el rey Salomón que la madre que se niega a dividir es la verdadera madre, y los judíos deben conocer bien esa parábola y comprender su significado. Por otra parte, Golda Meyerson⁹⁶, miembro de la dirección de la Agencia Judía, ha declarado que los judíos lucharán por la inclusión de Jerusalem en el Estado hebreo, ya que Jerusalem y Eretz Israel son sinónimos para nosotros.

Y al cabo de unos días ponía en el periódico:

A altas horas de la noche, un árabe asaltó a dos jóvenes judías en los alrededores del café Bernardia, que está entre el barrio de Bet Hakerem y el de Bait Vagan. Una de ellas escapó y la otra empezó a gritar hasta que los vecinos la oyeron y consiguieron hacer huir al sospechoso. La investigación del comisario O'Connor ha demostrado que el hombre trabaja en la estación de radio y es un familiar lejano de la ilustre familia Nashashibi; a pesar de todo se han negado a ponerlo en libertad bajo fianza debido a la gravedad de su delito. En su defensa, el detenido sostiene que salió borracho del café y le pareció que las dos jóvenes estaban desnudas y retozando juntas en la oscuridad.

Y otro día, en septiembre de 1947:

⁹⁶ Golda Meir, nacida Golda Mabovitch (Kiev, Ucrania, 3 de mayo de 1898 – Jerusalem, 8 de diciembre de 1978), fue una política, diplomática, líder del Mapai (partido laborista israelí) y Primer Ministro de Israel. Fue la primera mujer en Israel y tercera en el mundo en asumir tan alto cargo. Su política intransigente y su estilo de liderazgo le valió el apodo de «Dama de Hierro». «Llevo conmigo el complejo de los pogroms, lo reconozco» —dijo— «mi recuerdo más remoto es ver a mi padre tapando con tablas las entradas de la casa, ante la inminencia de las hordas enardecidas», «si cabe una explicación al rumbo que tomó mi vida, es seguramente mi deseo y determinación que nunca más tuviera un niño judío que vivir semejante experiencia».

El coronel Aderli, presidente del tribunal militar, ha estado al frente del juicio del señor Shlomo Mansur Shalom, quien difundió proclamas ilegales en un momento de enajenación mental. El encargado de su vigilancia, el señor Gardoitz, ha pedido que no envíen al culpable a un manicomio, pues sería perjudicial para él, y ha instado a los jueces a que por el momento aíslen al condenado en una institución privada, para que los fanáticos no utilicen su deteriorado cerebro para sus fines criminales. El coronel Aderli ha decidido muy a su pesar que no podía aceptar la petición del señor Gardoitz pues estaba fuera de sus competencias, y que estaba obligado a detener al infeliz culpable hasta que el Alto Comisionado, en nombre de Su Majestad, decidiera si era posible reducir la condena u otorgar una gracia especial. En la emisora de radio La Voz de Israel, Tzila Livovitz tocará algunas piezas al piano, después de las noticias se escucharán los comentarios del señor Gordus y, al final, la señora Bracha Zafira interpretará algunas canciones populares.

Por la tarde mi padre les explicó a sus amigos, que habían venido a tomar un té, que al menos desde mediados del siglo XVIII, mucho antes de la aparición del sionismo moderno y sin relación con él, los judíos ya representaban la mayoría de la población de Jerusalem. A comienzos del siglo XX, antes del inicio de las oleadas migratorias sionistas, Jerusalem ya se había convertido bajo el dominio turco-otomano en la ciudad más poblada del país: tenía cincuenta y cinco mil habitantes, de ellos treinta y cinco mil eran judíos. Y ahora, en otoño de 1947, vivían en Jerusalem unos cien mil judíos y unos sesenta y cinco mil no judíos, árabes musulmanes, árabes cristianos, armenios, griegos, británicos y de otros muchos pueblos.

Pero al norte de la ciudad, por el este y por el sur se extendían grandes barrios árabes como Sheij Jarrah, la Colonia americana, el barrio musulmán y el cristiano dentro de las murallas de la Ciudad Vieja, la Colonia alemana y la Colonia griega, Katamón, Baqah y Abu Tor. En las montañas que rodean Jerusalem había pueblos árabes, Ramallah y Al-Bireh, Bet Jalah y Belén, y muchas aldeas árabes, Al-Izria, Siluan, Abu Dis, A-Tur, Isawiya, Kalandiah, Bir Nebolla, Nebi Samuel, Biddu, Shuafat, Lifta, Bet Hanina, Bet Iksa, Qolonya, Sheij Bader y Deir Yassin, cuyos habitantes fueron asesinados en abril de 1948 por los miembros del Etzel y del Leji, y también los pueblos de Tzuba, Ein Kerem, Bet Mazmil, Maljah, Bet Tzafafa, Um Tuba y Tzur Bajer.

Por el norte, por el sur, por el este y el oeste de Jerusalem se extendían zonas árabes. Sólo unos pocos asentamientos judíos estaban diseminados por las afueras de la ciudad: Atarot y Benei Yaakov al norte, Qaliah y Bet Haarava a orillas del mar Muerto, Ramat Rahel y Gush Etzion al sur, y Motza, Kiriath Anavim y Maaleh Hahamisha al oeste. En la guerra de 1948, casi todos esos asentamientos judíos, junto con el barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalem, cayeron en manos de la Legión Transjordana. Todos los asentamientos judíos que cayeron en manos árabes en la guerra de la Independencia fueron borrados por completo de la faz de la tierra –todos sin excepción– y todos los habitantes judíos, hasta el último de ellos, fueron asesinados, huyeron o fueron hechos prisioneros; los ejércitos árabes no permitieron a ninguno de ellos volver a casa después de la guerra. En los territorios que conquistaron, los árabes procedieron a una «limpieza étnica» mucho más profunda de la que llevaron a cabo los judíos con los árabes en esa guerra: del territorio del Estado de Israel huyeron y fueron expulsados cientos de miles de árabes, pero más de cien mil permanecieron en sus lugares de origen. Por el contrario, en Cisjordania y en la franja de Gaza no quedó ni un judío durante el mandato de Jordania y Egipto. Ni uno solo. Los asentamientos fueron borrados del mapa, las sinagogas y los cementerios destruidos.

En la vida de los individuos y de los pueblos, los conflictos más terribles son casi siempre los que estallan entre dos perseguidos. Sólo en la ilusión difundida por algunos círculos románticos, los perseguidos y los oprimidos se unen siempre por solidaridad y caminan como un solo hombre hacia las barricadas para luchar juntos contra su cruel opresor. La verdad es que los dos hijos de un padre déspota y maltratador no necesariamente se convierten en aliados, y no siempre el destino común los acerca. En más de una ocasión uno ve en el otro no a un hermano con un destino común sino precisamente la imagen terrorífica de su común perseguidor.

Tal vez hayan sido así las cosas entre árabes y judíos durante unos cien años.

La Europa que ha atormentado, humillado y oprimido a los árabes mediante el imperialismo, el colonialismo, la explotación y la opresión es la misma Europa que ha perseguido y oprimido también a los judíos, y al final ha permitido o ha ayudado a los alemanes a extirparlos de todos los continentes y a asesinar prácticamente a todos. Pero cuando los árabes nos miran, ven ante ellos no a un puñado de

supervivientes medio histéricos sino a un nuevo y arrogante emisario de la Europa colonialista, desarrollada y explotadora, que regresa con astucia a Oriente –esta vez con un disfraz sionista– para volver a explotar, despojar y oprimir. Mientras que nosotros, cuando los miramos, vemos ante nosotros no a unas víctimas como nosotros, no a unos hermanos en el sufrimiento, sino a unos cosacos que llevan a cabo pogroms, a unos antisemitas sedientos de sangre, a unos nazis disfrazados: como si nuestros perseguidores europeos hubiesen vuelto a aparecer en Eretz Israel con kefias y bigote, pero fuesen nuestros viejos asesinos cuyo único interés era y sigue siendo cortar las gargantas de los judíos por gusto y diversión.

En septiembre, octubre y noviembre de 1947 aún no sabíamos en nuestro barrio de Kerem Abraham si esperar que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobara la propuesta de la comisión de la UNSCOP o si sería mejor que los británicos nos abandonasen a nuestra suerte, «solos e indefensos dentro de un mar de árabes». Muchos esperaban que por fin se crease pronto un Estado judío libre, esperaban que la prohibición de la inmigración decretada por los ingleses fuese abolida y que los cientos de miles de refugiados judíos que estaban pudriéndose desde la caída de Hitler, en campos de refugiados de Europa y en campos de detención británicos en Chipre, fuesen por fin autorizados a entrar en la tierra que la mayoría consideraba su único hogar en el mundo. Y sin embargo, por detrás de esas radiantes esperanzas, se temía (en voz baja) que los millones de árabes del país, con ayuda de los ejércitos regulares de los países de la Liga Árabe, se alzasen y asesinaran en un abrir y cerrar de ojos a los seiscientos mil judíos inmediatamente después de que desapareciese la autoridad británica.

En la tienda, en la calle, en la farmacia, se hablaba abiertamente de la redención que estaba a punto de materializarse, se hablaba de Shertok y Kaplan, que pronto serían ministros en el gobierno israelí que formaría Ben Gurión en Haifa o en Tel Aviv, y se hablaba (en voz baja) de conocidos generales judíos que ya habían sido llamados a venir desde la diáspora, procedentes del ejército rojo, de la aviación americana e incluso de la marina británica, y que serían los encargados de dirigir el ejército israelí que se formaría cuando partiera la autoridad británica.

Pero en la intimidad, en casa, debajo de las mantas, con las luces apagadas, se susurraba, ¿quién sabe? Tal vez los británicos cancelen su salida. Tal vez ni siquiera

tengan previsto irse y todo esto no sea más que una astuta maniobra de la pérfida Albión, una maniobra para provocar que los propios judíos, ante su inminente exterminio, les pidan a los británicos que no los abandonen a su amarga suerte. Así Londres podría exigir a los judíos, a cambio de la protección británica, el cese total del terrorismo, la deposición de las armas ilegales que tenían almacenadas y la entrega a la policía secreta británica de todos los miembros de las organizaciones clandestinas. Tal vez, a pesar de todo, los británicos cambien de idea en el último momento y no nos entreguen a todos a los cuchillos de los árabes. Tal vez al menos aquí, en Jerusalem, dejen un destacamento regular que nos proteja del pogrom árabe. Y tal vez Ben Gurión y sus compañeros, allí, en la tranquila Tel Aviv, que no está rodeada de árabes por todas partes, en el último momento recapaciten y renuncien a la aventura del Estado judío en favor de un modesto compromiso con el mundo árabe y las masas musulmanas. O tal vez la ONU envíe a tiempo tropas de países neutrales para reemplazar a los británicos y defender al menos la ciudad santa, si no toda la tierra santa, del peligro de un baño de sangre.

Azam Pasha, secretario de la Liga Árabe, amenazó a los judíos con que «si osaban intentar establecer una entidad sionista, aunque fuera sobre un puñado de tierra árabe», entonces «los árabes los ahogarían en su propia sangre», y todo Medio Oriente sería testigo de un horror tal que «hasta los conquistadores mongoles palidecerían ante él». El primer ministro de Iraq, Muzarej al-Bagagi, por su parte, invitó a los judíos de Palestina «a hacer las valijas y escapar a tiempo» pues los árabes ya habían jurado que después de su triunfo sólo dejarían con vida a los pocos judíos que vivían en Palestina antes de 1917, e incluso ellos «tendrían permiso para permanecer bajo la protección del islam y serían tolerados bajo su bandera sólo con la condición de que se desintoxicasen de una vez por todas del veneno sionista y volviesen a ser una comunidad religiosa que sabe cuál es su lugar bajo el amparo de los pueblos islámicos y de acuerdo con las leyes y las costumbres del islam». Los judíos, continuó diciendo el predicador de la gran mezquita de Yafo, ya no son un pueblo y tampoco una religión propiamente dicha –por todos es sabido que el propio Dios clemente y misericordioso los aborrece y por eso los ha condenado a ser maldecidos y odiados eternamente en todas las tierras en donde estén dispersos–: los judíos son unos depravados, el Profeta (Mahoma) les tendió una mano y ellos lo escupieron, Issa (Jesús) les tendió una mano y ellos lo asesinaron, hasta a los profetas de su propia fe solían apedrear. No en vano han decidido todos los pueblos de

Europa desembarazarse de ellos de una vez por todas, y ahora Europa está tramando arrojárnoslos a nosotros, pero nosotros, los árabes, no dejaremos que los pueblos de Europa nos arrojen su escoria. Nosotros, los árabes, acabaremos a punta de espada con esa conspiración satánica que pretende transformar la sagrada tierra de Palestina en el basurero de todos los desechos del mundo.

¿Y el hombre de la tienda de ropa de la tía Grete? ¿Ese hombre misericordioso que me salvó de la trampa de la oscuridad y me tomó en brazos cuando tenía cuatro o cinco años?, ¿ese hombre con grandes bolsas debajo de los ojos, con un olor cálido y adormecedor, con un metro de sastre verde y blanco colgado del cuello, con las mejillas calientes cubiertas de agradables canas?, ¿ese hombre somnoliento y afectuoso cuya sonrisa tímida centelleaba por un instante sobre sus labios y enseguida volvía a esconderse bajo el suave bigote canoso?, ¿con las gafas de leer rectangulares, de montura marrón, caídas sobre la punta de su nariz, como un viejo carpintero de buen corazón, como una especie de Geppetto?, ¿ese hombre que caminaba despacio, arrastrando los pies, entre laberintos de ropa femenina, y que, cuando me sacó de la celda, me dijo con su voz cascada, una voz que durante toda mi vida recordaré con emoción: «Ya está niño está bien niño está bien», también él? ¿«Está bruñendo ahora su daga, afilando la hoja y preparándose para degollarnos a todos»? ¿También él se colará en la calle Amós a medianoche con un cuchillo largo y curvado entre los dientes para cortarme la garganta y cortársela a mis padres y «ahogarnos a todos en sangre»?

Despierta, viento, despierta,
bellas son las noches de Canaán
al aullido del chacal sirio
la hiena de Egipto responde
Abd al-Kader, Sifris y Huri
remueven veneno y ajénjo
[...]

Con un viento primaveral y tormentoso
vagan las nubes del cielo
joven, armada, erizada
dispara Tel Aviv esta noche.
Menara hace guardia,

el ojo de Hula está enrojecido...⁹⁷

Pero la Jerusalem judía no era joven y no estaba armada ni erizada sino que era un pueblo chejoviano: asustada, despistada, saturada de cotilleos y falsos rumores, ofuscada, aturdida por la confusión y el miedo. El 20 de abril de 1948, después de una conversación con David Shaltiel, David Ben Gurión escribió en su diario su impresión de la Jerusalem judía:

Los elementos de Jerusalem: 20% normales, 20% distinguidos (universidad, etc.), 60% raros (provincianos, medievales y similares)⁹⁸.

(Es difícil saber si Ben Gurión se rió o no al escribir esa línea en su diario. En cualquier caso, el barrio de Kerem Abraham no estaba incluido en la primera categoría, tampoco en la segunda.)

En la frutería del señor Babiof, la vecina, la señora Lemberg, dijo:

–Ya no les creo más. Ya no creo a nadie. Todo esto no es más que una gran intriga.

La señora Rosendorf dijo:

–No se debe hablar así bajo ningún concepto. Perdóneme. Perdone que le haga una advertencia: palabras como esas sólo consiguen bajar aún más la moral de todo el pueblo. ¿Qué se cree usted?, ¿cree que nuestros jóvenes estarán dispuestos a ir a luchar por usted, a arriesgar sus jóvenes vidas, si usted dice que todo esto no es más que una intriga?

El frutero dijo:

–Yo no envidio a los árabes. Hay judíos en América que pronto nos enviarán unas cuantas bombas atómicas.

Mi madre dijo:

⁹⁷ N. del A.: Natán Alterman, «Las noches de Canaán», en *La séptima columna*, vol. I, Am Oved, Tel Aviv 1950, pág. 364.

⁹⁸ N. del A.: David Ben Gurión, *Diario de la guerra del 48-49*, G. Rivlin y E. Oren (eds.), vol. I, Ministerio de Defensa, 1983, pág. 359.

–Estas cebollas no tienen muy buen aspecto. Y los pepinos tampoco.

Y la señora Lemberg (que siempre desprendía un ligero olor a huevo duro mezclado con sudor y un toque de jabón ácido):

–¡Les digo que todo esto no es más que una gran intriga! ¡Están haciendo teatro! ¡Una comedia! Ben Gurión ya ha acordado en secreto vender toda Jerusalem al muftí, a las bandas y al rey Abdallah, y puede que a cambio los ingleses y los árabes acepten dejarle sus kibutzim, Nahalal y Tel Aviv con sus obreros y trabajadores. ¡Eso es lo único que les importa! Y lo que nos ocurra a nosotros, que nos degüellen o nos quemen a todos, eso no les importa en absoluto. Jerusalem, lo mejor para ellos sería que se fuera al diablo, que en el estado que ellos quieren organizar quedaran menos revisionistas, menos ultraortodoxos y menos *intelligentzia*.

Las mujeres se apresuraron a hacerla callar:

–¡Qué le pasa! ¡Señora Lemberg! *Sha! Bist du meshige?*⁹⁹ *Es shtet da a kind!*¹⁰⁰ *A farshtandiker kind!*

El *farshtandiker kind*, el niño estratega, por su parte, empezó a declamar lo que le había oído a su padre o a su abuelo:

–Cuando los británicos se vayan a casa, la Haganá, el Etzel y el Leji seguro que se unirán y vencerán al enemigo.

Mientras, el pájaro invisible, el pájaro del granado, el pájaro Elisa, se mantenía al margen, firme en su posición. Inamovible: «Ti-da-di-da-da». Y una y otra vez: «Ti-da-di-da-da». Y tras una breve pausa para pensar: «¡Ti-da-di-da-da!».

⁹⁹ ¿Está loca?

¹⁰⁰ ¡Ahí hay un niño!

CAPÍTULO 44

En septiembre y octubre de 1947 los periódicos se llenaron de conjeturas, análisis, hipótesis y valoraciones: ¿se llevaría a votación en la Asamblea General la propuesta de partición? ¿Conseguirían las maniobras de los árabes modificar la propuesta o anular la votación? Y si se llegaba a votar, ¿de dónde sacarían la mayoría de dos tercios necesaria?

Cada tarde, después de cenar, mi padre se sentaba entre mi madre y yo a la mesa de la cocina. Después de secar el hule, dispersaba algunas fichas y empezaba a calcular con un lápiz, bajo la amarillenta y enfermiza luz de la débil bombita de la cocina, nuestras posibilidades de vencer en la votación. Cada tarde estaba más decaído. Todas sus cuentas apuntaban a una derrota segura y aplastante:

–Todas las decenas de estados árabes y musulmanes se unirán indudablemente contra nosotros. La Iglesia católica seguramente está tirando de los hilos para influir en los estados católicos y hacer que voten en contra, ya que un Estado judío contradice los fundamentos de la Iglesia, y no hay nadie mejor que el Vaticano para mover los hilos tras las cortinas. ¡Así es posible que perdamos los veinte votos de los países de América Latina! Por otra parte, Stalin ordenará sin duda a todos sus satélites del bloque comunista que voten en consonancia con su rígida posición antisionista, y así se volverán en nuestra contra al menos otra docena de votos. Por no hablar de Inglaterra, que instiga en nuestra contra en todas partes y sobre todo en los dominios que dependen de ella, Canadá y Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica: todos se movilizarán para hacer fracasar cualquier posibilidad de que exista un Estado judío. ¿Y Francia? ¿Y los países que la siguen? Francia no permitirá bajo ningún concepto que se le subleven los millones de musulmanes que tiene en Túnez, Argelia y Marruecos. Grecia, por su parte, tiene numerosos intereses comerciales en todo el mundo árabe, así como las grandes comunidades griegas de los países occidentales. ¿Y Estados Unidos?, ¿el apoyo de Estados Unidos al plan de partición es realmente definitivo? ¿Y qué pasará si las maniobras de las gigantescas empresas petrolíferas y la intromisión de nuestros adversarios en el Departamento

de Estado desvían la mano americana y doblegan de pronto la conciencia del presidente Truman?

Mi padre calculaba una y otra vez el balance de los votos de la Asamblea. Cada tarde intentaba de nuevo acabar con la fatalidad y formar una coalición en espiral de países que solían seguir los pasos de los Estados Unidos, junto con países que tal vez tuvieran cuentas pendientes que saldar con los árabes y otros países pequeños y honrados como Dinamarca u Holanda, países que habían visto de cerca el horror del exterminio del pueblo judío y que quizás, en esta ocasión, tuvieran el coraje de actuar según su conciencia y no según los dictámenes del petróleo.

¿También en la villa Silvani del barrio de Sheij Jarrah (a unos veinte minutos de nuestra casa) estaba toda la familia sentada alrededor de un papel sobre el hule de la mesa de la cocina y pensando las mismas cosas, sólo que al revés? ¿Temían al igual que nosotros lo que pasaría, qué votaría Grecia, y mordían el lápiz pensando cuál sería la posición final de los países escandinavos? ¿También ellos eran optimistas, pesimistas, cínicos y lo veían todo negro? ¿También en su casa tenían miedo cada tarde, había maniobras e intrigas y se tiraba astutamente de los hilos contra nosotros? ¿También en su casa se preguntaban todos qué iba a ocurrir aquí?, ¿qué depararía el futuro? ¿Nos temían a nosotros tanto como nosotros les temíamos a ellos?

¿Y Aisha? ¿Y sus padres en el barrio de Talbia? ¿Tal vez en esos momentos, ella y toda su familia, estaban en una habitación llena de hombres con bigote y mujeres elegantes con caras enojadas y el ceño fruncido, reunidos en círculo en torno a platos llenos de cáscaras de naranja azucaradas, susurrando y conspirando «para ahogarnos en sangre»? ¿Seguiría Aisha tocando a veces al piano las canciones que aprendió con su maestra judía? ¿O ahora lo tendría completamente prohibido?

O no. Justo en este momento están en un círculo silencioso alrededor de la cama de su pequeño. Auad. Porque le han amputado un pie. Por mi culpa. O está agonizando de septicemia. Por mi culpa. Sus ojos de cachorro curiosos e ingenuos están ahora cerrados. Apretados por el sufrimiento. Su rostro flaco y pálido como el hielo. Su frente surcada por el dolor. Sus bellos rizos descansan en la almohada blanca. Dame un momento no tengo un momento. Gime y tiembla de dolor. O llora en silencio un llanto fino, infantil. El pequeño damenotengo. Y su hermana está

sentada a la cabecera de la cama y me odia, pues por mi culpa todo es por mi culpa por mi culpa también le dieron a ella una paliza de muerte, con el dorso de la mano, con crueldad, con paciencia le pegaron, con golpes profundos, le pegaron una y otra vez, en la espalda, en la cabeza, en sus delicados hombros, no como a veces se pega a una niña que ha hecho algo malo, sino como se golpea a un caballo indomable. Por mi culpa.

El abuelo Alexander y la abuela Shlomit venían a veces a casa durante aquellas tardes de septiembre y octubre de 1947, venían a pasar un rato con nosotros y a participar también en las operaciones bursátiles de mi padre. Al igual que Hana y Hayyim Toren, o los Rodnitzky, la tía Mala y el tío Stashek, o la familia Abramsky, o los vecinos, los Rosendorf y Toshia y Gustav Krohmal. El señor Krohmal tenía un pequeño cuarto al final de la calle Gueulá donde se pasaba todo el día con un delantal de cuero y unas gafas de pasta curando muñecas.

TERAPIA ARTÍSTICA CON LA GARANTÍA DE DANTZIG,

MÉDICO DE JUGUETES

Una vez, cuando tenía unos cinco años, el tío Gustav me arregló gratis, en su diminuto taller, mi bailarina pelirroja, Tzilli, cuya nariz pecosa de baquelita se había roto. Con una cola suave y mano de artista, el señor Krohmal la curó tan bien que casi no se le notaba la cicatriz.

El señor Krohmal creía en el diálogo con nuestros vecinos árabes: en su opinión era mejor para los habitantes del barrio de Kerem Abraham formar una pequeña pero respetable delegación e ir a hablar con los *mujtar*, los *sheij* y el resto de los notables de los barrios y pueblos cercanos: lo cierto es que siempre habíamos vivido en buena vecindad y, aunque todo el país hubiera perdido la cabeza, no había ninguna razón para que, también aquí, en el noroeste de Jerusalem, un lugar donde no había ningún conflicto ni ninguna división entre las dos partes...

Si hubiera sabido algo de árabe o de inglés, él mismo, el señor Krohmal, que llevaba tantos años curando juguetes árabes exactamente igual que juguetes judíos, sin hacer ninguna distinción, él mismo habría tomado su bastón, habría atravesado

el campo vacío que había entre nosotros y ellos, habría llamado a sus puertas y habría ido explicando con sencillez, casa por casa...

El sargento Wilk, el apuesto tío Dudek, que parecía un coronel inglés de las películas y que, en efecto, por aquella época era agente de la policía de Jerusalem bajo mando británico, vino a casa una tarde y se quedó un rato, me trajo de regalo una caja de lenguas de gato de la marca CD, se tomó una taza de café mezclado con achicoria, se comió un par de galletas, me mareó con la pompa de su uniforme negro y bien planchado, con las filas de botones plateados, el cinturón de cuero cruzándole el pecho, la pistola negra a la altura de la cadera dentro de una funda de cuero brillante, como un león durmiendo por el momento en su guarida (sólo la provocativa culata sobresalía de la funda y me causaba un misterioso escalofrío cada vez que la miraba). El tío Dudek estuvo con nosotros un cuarto de hora, más o menos, y sólo cuando se lo rogaron mis padres y sus invitados, accedió a contarnos, de forma imprecisa, dos o tres indicios sobre lo poco que había entendido de las vagas insinuaciones de algunos oficiales de policía británicos de alto rango y conocedores de la situación:

–Todos sus cálculos, todas sus hipótesis, son una pérdida de tiempo. No habrá ninguna partición. No se crearán dos estados ni nada parecido, *debido que* todo el Néguev permanecerá en manos de los británicos para que puedan defender sus gigantescas bases en Suez; también seguirán conservando Haifa, la ciudad y el puerto, así como los grandes aeropuertos de Lod, Ekron y Ramat David, y también sus extensos campamentos militares de Sarafand. El resto, incluido Jerusalem, será para los árabes, *debido que* los Estados Unidos quieren que, a cambio de eso, ellos acepten ceder a los judíos una especie de bolsillo entre Tel Aviv y Hadera. En ese bolsillo se les permitirá a los judíos fundar un cantón autónomo, una especie de ciudad del Vaticano judía, donde nos dejarán meter progresivamente cien o como mucho ciento cincuenta mil refugiados judíos de los campos. En caso de necesidad, varios miles de marines de la sexta flota americana, con sus gigantescos portaaviones, protegerán ese bolsillo judío, *debido que* no creen que los judíos puedan defenderse solos en esas condiciones.

–¡Eso es un gueto! –gritó el señor Abramsky con una voz atronadora–. ¡Una zona de residencia como en la Rusia zarista! ¡Un campo de prisioneros! ¡Una celda!

Gustav Krohmal, por su parte, sonrió y propuso en tono amable:

–Sería mucho mejor que esos americanos tomaran ese Lilliput que quieren darnos entre Tel Aviv y Hadera y que, en vez de eso, nos cedieran generosamente sus dos portaaviones: así estaríamos mucho más cómodos y mucho más seguros. Y también algo menos apretados.

Mientras tanto, Mala Rodnitzky imploraba y exhortaba al policía como rogándole por nosotros:

–¿Y Galilea? ¿Y la Galilea, querido Dudek! ¿Y los valles? ¿Tampoco los valles? ¿Por qué no pueden dejarnos al menos eso? ¿Por qué quieren robar también la última oveja del pobre?

Mi padre observó con tristeza:

–No hay ninguna última oveja, Mala: había sólo una y también ésa han venido a usurparla.

Tras un breve silencio, el abuelo Alexander soltó con rabia, todo rojo, hinchado, como si fuera a estallar:

–¡Tiene razón! ¡Ese bastardo instigador de la mezquita de Yafó tiene razón! ¡De verdad no somos más que basura! ¡En suma: es el fin! *Vso! Hvatit!* Tienen toda la razón los antisemitas del mundo entero. Tiene razón Khmelnick. Tiene razón Petliura. Tiene razón también Hitler. ¡Realmente hay una maldición contra nosotros! ¡Realmente Dios nos odia! Y yo –suspiró el abuelo, sofocado, escupió en todas direcciones y dio unos puñetazos sobre la mesa tan fuertes que las cucharitas tintinearón dentro de los vasos de té–, y yo, yo, *nu, ti sqazal*, exactamente igual que él, ¡Dios nos odia!, ¡pues así lo odio yo a él! ¡Odio a Dios! ¡Que se muera de una vez por todas! ¡El tirano de Berlín ya está quemado, pero allí, en lo alto, hay otro Hitler! ¡Mucho peor! ¡*Nu!* ¡Está allí riéndose de nosotros, el muy bastardo!

La abuela Shlomit lo agarró del brazo y le ordenó:

–¡Zisia! ¡Basta ya! *Shto ti gavarish! Genug! Iber genug!*¹⁰¹

¹⁰¹ ¡Ya está bien! ¡Suficiente! ¡Más que suficiente!

En cierto modo consiguió calmarlo. Le sirvió un poco de coñac y le ofreció algunas galletas. Por su parte, el tío Dudek, el sargento Wilk, seguramente pensó que cosas como las que había gritado el abuelo hacía un instante, con la rabia de la desesperación, era mejor no decirlas en presencia de la policía. Por tanto se levantó, se puso su espectacular gorra de policía con la visera autoritaria, se colocó un poco la funda de la pistola en la cadera izquierda y, desde la puerta, decidió otorgarnos una posibilidad de perdón, un rayo de luz, como apiadándose de nosotros y accediendo, a pesar de todo, a tomar en consideración nuestra protesta, al menos en cierta medida:

–Pero hay un oficial, un irlandés, todo un personaje, que no para de repetir que los judíos tienen mucho más cerebro que el resto del mundo junto, y que al final siempre caen de pie. Eso opina. La cuestión es: caen de pie, ¿pero a los pies de quién? Adiós a todos. Sólo les pido que no repitan nada de lo que les he contado, *debido que* es alto secreto. (Durante toda su vida, incluso cuando era un anciano, incluso después de llevar sesenta años en Jerusalem, el tío Dudek se empeñaba en decir «debido que yo», «debido que está prohibido», no sirvieron de nada tres generaciones de lingüistas puristas que pretendieron enseñarle a decir «puesto que yo», «puesto que está prohibido». No sirvieron de nada los años de servicio como alto oficial de policía y comandante de la policía israelí de Jerusalem, y después como subdirector general del Ministerio de Turismo. Siguió siempre en lo suyo: «¡*debido que* soy un judío testarudo!»).